

El último demonio

César Andrés Ramírez Herrera



Capítulo 1

El último demonio.

Lo vi en mis pesadillas, sueños de la nada. Estuve frente a eso, aquello siniestro de un rojo escarlata tan vivo y tan muerto a la vez, lo miré horrorizado. Lo peor fue cuando oí esos gritos de mujer y la blanca luz cegadora atravesó la cerradura, buscó mis ojos, era un fino haz brillante blanco azulado. Caí de rodillas ante la puerta sangrienta que se movía como un corazón latiendo en violentos estertores, un corazón en hipos de terror incontrolables.

Yo, al final enmudecido..., con mi rostro desfigurado por el terror, rodeado de fría oscuridad.

—*Ed, ya has muerto*— dijo la voz carrasposa, profunda desde el otro lado. Respiró sibilante. —*Ven. La puerta... mira a través de ella.*

Con sonido seco "*clap*" se abrió el cerrojo, una llave desde el otro lado y el ruido indiscutible del giro del único "*clap*", rompió como rama seca el silencio llano.

~

Con salto y lágrimas en el rostro desencajado debido a horribles sueños, desperté. El sonido de mosquitos siendo achicharrados en la lámpara a gas, el silbato de la tetera me avisó del agua ya hervida, la sacudida del sillón en donde me había dormido, la madera crujiente y todo eso entre mezclado, con ese gran rayo que cruzó por los cielos e iluminó, fue lo más parecido a un flash de una fotografía, una cámara antigua que encandiló mis ojos, aquella noche de nubarrones negros y sin estrellas que le acompañasen. Volví del sueño profundo, el vertigo de una caída en el vacío y volver de un tirón repentino, escupiendo, golpeando la realidad.

Entonces, entre aquellos desvaríos recordé mi nuevo trabajo. Cuidador de un viejo faro en costas rocosas y afiladas. Debía estar atento al mantenimiento del foco guiador entre la espesa niebla marina, también de algún navío perdido, uno fantasma con solo cadáveres en su cubierta. Sonreí entumido por el hielo de la estancia. Fallé, el sueño me llevó a territorios extraños y lúgubres, en consecuencia fue lo suficiente para invitar a la oscuridad una vez ya despierto.

Aquella lumbre gigante erguida como una vela gris en la noche más negra jamás vista, se alzaba con ojos de búho, criatura incapaz de pegar pestaña ahora muerta sin luz en su único ojo guiador.

Entre pequeñas y olvidadas islas apartadas de civilización alguna. Lugares rebosantes de tradiciones, supersticiones y demás extrañezas.

Recordé también el olor pestilente de alcohol en mis vestiduras. La botella de ron, rodó lejos desde el sillón en donde yacía tirado como una masa inerte, fue a parar escondida bajo viejos muebles. Un dolor de cabeza y la visión borrosa, algo confundido por las pesadillas. Entonces a mi memoria vino de golpe "la puerta pintada en rojo".

Me puse en pie con linterna en mano y caminé hacia lo alto del faro. Sentí el corazón agitado y la persecución en mis talones en cada escalón arriba. Ese algo invisible pegado a mi espalda, un frío inquietante. Subí y cada un dos por tres miré por sobre mis hombros, derecha e izquierda. Nada, no había nada ahí atrás, pero aquello era hielo, un algo... el sueño de la misteriosa puerta que latía como corazón aterrado. Quizás.

Mis manos estaban húmedas aún..., aún con sangre. Entonces recordé el hacha a un costado del sillón y una masa de cabellos rubios manchados en los bordes afilados, la vocecita burlona de algo escondido entre los rincones negruzcos del lugar, *—Ed, hazlo... —burlona e insidiosa melodía de voz como una bruja carrasposa de sibilante estertor. —Ed, pero si ya lo has hecho, no fue algo desafiante de convencer... ¿no?.*

Lugares rebosantes de tradiciones, supersticiones y demás extrañezas.

Lugares rebosantes de tradiciones, supersticiones y demás extrañezas

Lugares rebosantes de tradiciones, supersticiones y demás extrañezas

Eso fue lo que escuché, un espejo de mi propia voz..., y *—Es lugar de antiguos demonios.*

Recordé la voz del viejo pueblerino campesino estúpido..., ya no tanto. Ya no tanto.

Entonces, dije *—Lorraine.*

*—Sí—*respondió la voz.

*—Mi pequeña...—*tartamudeé.